

artículos de fe como condicion de salvación, los hombres serán cada vez más indiferentes, y la indiferencia acabará por degenerar en incredulidad. Es preciso, pues, despedirse de las tonterías teológicas para salvar lo que hay de esencial en el cristianismo.

¿Quiere decir esto que la religion debe reducirse á la moral? Este era el pensamiento de Voltaire, y éste es tambien el de Rousseau. La revolucion trató de fundar un culto sobre esta base, y fracasó. Puede decirse que los hombres que se pusieron al frente de aquel movimiento no eran muy á propósito para acreditarlo y autorizarlo; ¿cómo habia de aceptar la Francia una religion de manos de Robespierre? Pero hay ademas otra razon más profunda que hizo que no se arraigase el culto del Sér Supremo. La nocion de Dios no es suficiente para fundar una religion, ni con el deismo de Rousseau, ni con el teismo de Voltaire. Es preciso que exista un vínculo entre el hombre y Dios; es necesario, pues, un dogma que diga al hombre por qué lo ha creado Dios, cuál es su mision en esta vida, y cuál será su destino despues de la muerte, qué papel desempeña Dios en su existencia progresiva é infinita. Los filósofos del siglo pasado no querian ya oír hablar de dogmas; ante una fe que repugnaba á la razon y á la conciencia, creyeron que toda fe era peligrosa. Y es que, ante todo, estaban llamados á destruir. Pero para edificar no basta un trabajo negativo. La religion es una educacion, y no se educa á la humanidad con negaciones; son necesarias doctrinas positivas que lleguen á ser un alimento para las almas y un vínculo para la sociedad. El mal no es el dogma como tal, sino el dogma falso, el dogma que consiste en misterios y que se funda en milagros. Una religion sin dogmas no es una religion; por esto el deismo filosófico del siglo XVIII no triunfó del cristianismo; los hombres siguieron adictos á las creencias del pasado tales cuales eran, más bien que quedarse sin creer nada.

c. — *Los defensores del dogma.*

I.

Voltaire y Rousseau son los representantes por excelencia del siglo XVIII; en ellos se concentra el odio de los enemigos del libre

pensamiento. Los dos ilustres rivales, aunque divididos por sus sentimientos, han sido unidos por la reprobacion comun que pesa sobre su memoria. A ellos imputa el vulgo de los ortodoxos todo el mal que los filósofos han hecho al cristianismo. El poeta popular, que en nuestros dias ha llegado á ser intérprete de las creencias de la humanidad, ha escrito una graciosa sátira de las ciegas acusaciones que los partidarios del pasado lanzan contra Voltaire y Rousseau. *Los vicarios generales de París* publican una pastoral para la cuaresma; es costumbre que estos señores aprovechen semejante ocasion para declamar contra la filosofía; escuchemos las maldiciones que pone Béranger en sus labios. El público ya no las toma en serio; si quedan aún algunas viejas que escuchan «las grandes verdades» que predicán sus directores espirituales, la masa de los que se llaman fieles se rien de ellas. ¿Quién tiene la culpa?

*C'est la faute de Rousseau ;
Si l'on nous siffle en chaire,
C'est la faute de Voltaire (a).*

Todos nuestros males, prosiguen *los vicarios generales*, nos han venido por culpa de Arouet y Juan Jacobo. ¿Cuál es su primitivo origen? La desdichada Eva, que se dejó tentar por Satanás. Ahora bien; Satanás habia leído el *Emilio*, y por esto no cumplia nunca con la Pascua; y si

*Eve aime le fruit nouveau,
C'est la faute de Rousseau (b).*

Desde entónces se palparon los frutos de la filosofía:

*Cain tua son frère,
C'est la faute de Voltaire (c).*

Sobre todo, esa abominable libertad, libertad civil, libertad política, libertad de pensar, que los filósofos han introducido en el

(a) La culpa es de Rousseau. Si hoy se nos silba en el púlpito, la culpa es de Voltaire.

(b) Si Eva probó el fruto prohibido, la culpa es de Rousseau.

(c) Cain mató á su hermano; la culpa es de Voltaire.

mundo. Para enseñar á los hombres que nacen esclavos, en otro tiempo se los aprisionaba desde su nacimiento en un fuerte envoltorio; hoy la filosofía quiere que el niño sea ya libre en la cuna:

..... au berceau,
 C'est la faute de Rousseau;
 Si la raison l'éclaire,
 C'est la faute de Voltaire (a).

Rousseau y Voltaire se parecen á los héroes de los tiempos fabulosos, sobre los cuales suele acumular la tradicion las hazañas que han ilustrado á los siglos heróicos. Las invectivas de las gentes de la Iglesia sirven de tradicion á Juan Jacobo y á Aróuet. Merecen este honor. Ambos son adversarios del cristianismo histórico. En vano conservan las creencias fundamentales de todas las religiones, en vano las defienden contra los materialistas y los ateos; nadie les agradece tan inmenso servicio. ¡Cosa singular! En el siglo XVIII, aquel que seguraménte era el espíritu más religioso de su tiempo, fué perseguido unánimemente por los ortodoxos, mucho más que aquel que no respetaba nada; Rousseau fué juzgado, su *Emilio* fué quemado en París y en Ginebra, al paso que Voltaire dominaba en Ferney. El carácter de los dos luchadores explica en parte esta diferencia en su destino. Voltaire, despues de su retirada á Ferney, lanzaba todos los dias nuevos folletos contra el cristianismo, pero tenía cuidado de no dar su nombre: en caso necesario negaba ser su autor, é invitaba á sus amigos á que le ayudasen en esta táctica. Rousseau desdeñaba estos artificios: tenía un inmenso orgullo en anunciarse: le gustaba arrostrar los inconvenientes. Hay otra razon más del furor de los ortodoxos contra Rousseau, y ésta no hace honor á la Iglesia. Rousseau era más cristiano que Voltaire, y por lo mismo parecia más peligroso á los defensores oficiales del dogma. Para saborear los escritos de Voltaire es preciso haber perdido ya la fe. Rousseau seduce á los que experimentan la necesidad de creer. Sabido es que la Iglesia siente más ódio hácia los herejes que hácia los infieles: esto explica la

(a) la culpa es de Rousseau; si le ilumina la razon, la culpa es de Voltaire.

pastoral del arzobispo de París, los decretos del Parlamento y la gran cólera de los discípulos de Calvino.

II.

Monseñor de Beaumont, prelado, gran señor, se dignó descender á la arena contra el ciudadano de Ginebra. Debemos agradecerlo, puesto que su pastoral nos ha proporcionado la admirable carta de Rousseau. Es la primera vez que un filósofo trataba así de igual á igual con un príncipe de la Iglesia. ¿Qué digo? Hasta entónces los obispos habian hablado como maestros: los escritores se ocultaban para lanzar sus ataques contra el cristianismo. Monseñor de París creyó sin duda que le bastaba con abrir su boca sagrada para confundir á su adversario. Pero éste recoge el guante, y de acusado se convierte en acusador; somete al arzobispo á un tribunal más poderoso que todas las inquisiciones del mundo, al tribunal del libre pensamiento. El santo oficio puede matar el cuerpo, pero no tiene accion sobre el alma: la opinion pública, órgano de la razon universal, pronuncia fallos contra los cuales no hay apelacion: condenó al arzobispo y al cristianismo, del cual imprudentemente se habia hecho campeón. Los prelados aprovecharon esta leccion: Cristóbal de Beaumont no tuvo imitadores.

Por supuesto que el arzobispo de París estaba animado de un santo celo como todos los autores de pastorales. ¿No habria ademas otro móvil más interesado? En el catolicismo hay tal costumbre de confundir la Iglesia con la religion, que no debe extrañarnos que los prelados defiendan su causa, cuando creen defender la causa de Dios. Rousseau no se para en apariencias y va al fondo de las cosas: «La causa de Dios, dice á monseñor de Beaumont, os importa poco, con tal que la del clero quede bien parada.» Cuestion de dominacion, ambicion ó codicia, hé aqui lo que quiere decir la causa de la religion en las pastorales del siglo XVIII, lo mismo que en las de nuestros dias. Aun cuando los obispos consientan en abrir su boca, no discuten, afirman: ¿no son órganos de la verdad eterna? ¡Tanto peor para los que siguen sordos á la voz del

Espíritu Santo! «Cien veces, dice el arzobispo, la incredulidad ha tratado de destruir los hechos que prueban la revelacion, ó al ménos de quitar fuerza á sus pruebas, y cien veces su crítica ha resultado impotente.» El oráculo ha hablado, sométanse los incrédulos. ¿Se quiere saber cuál es la respuesta abrumadora que opone la ortodoxia á los ataques de los libres pensadores? Monseñor de Beaumont la resume en dos palabras: «Dios, por medio de la revelacion, ha dado testimonio de sí mismo, y este testimonio es evidentemente *muy digno de fe.*» Y ¿quién nos dice que «Dios ha dado testimonio de sí mismo?» La Iglesia. Y ¿por qué hemos de creer á la Iglesia? Porque Dios nos lo dice. De modo que tenemos que creer en la revelacion por la palabra de la Iglesia, y en la Iglesia por la palabra de la revelacion! ¡Preciso es que los incrédulos estén muy empedernidos en su impiedad para resistir á semejante evidencia!

El arzobispo de París da una receta muy sencilla, muy fácil, á los infieles para salvarse: «Nos está mandado creer con sencillez. Tenemos como garantía de las promesas la autoridad de la Iglesia. Aprendamos á conocerla bien, y arrojémonos en sus brazos. Entonces podremos vivir en paz y esperar sin sobresalto el momento de la luz eterna.» ¡Ay de aquellos que, como el autor del *Emilio*, no tienen esta sencillez! El arzobispo no se contenta con lanzar contra él los anatemas de la Iglesia, sino que invoca además la severidad de las leyes: la prision ó el cadalso en este mundo, y el infierno en el otro. Hé aquí, si los obispos fuesen los árbitros, cuál sería el destino de los libres pensadores. Afortunadamente en el siglo pasado ya no dominaba la Iglesia. Conste por lo ménos su buena voluntad. Monseñor condena el *Emilio* por contener una *doctrina abominable*. ¿Por qué es *abominable*? Porque es «á propósito para echar por tierra la ley natural y destruir los fundamentos de la religion cristiana.» En cuanto al cristianismo, pase, y aún habria que hacer reservas respecto al cristianismo de Jesucristo. Pero ¡la ley natural! ¿Cómo la ha de echar por tierra Rousseau, cuando es uno de sus apóstoles? El *Emilio* es además un libro *abominable*, «porque tiende á insurreccionar á los súbditos contra la autoridad de su soberano.» Esto se dice por conseguir el apoyo de los reyes contra el autor del *Contrato social*. La

pastoral pareció en 1762. Algunos años más tarde el clero, con los obispos á la cabeza, se insurreccionó contra las leyes de la Asamblea constituyente: ¿no era una rebelion la horrible guerra de la Vendée? Es decir que hay rebeliones sagradas. ¡Hé aquí como juega la Iglesia con la conciencia! ¡Siempre una cuestion de dominacion clerical!

No podian faltar injurias en una pastoral: son de rigor en esos modelos de elocuencia, y la teología tiene mucho acierto para escogerlas. Escuchemos: «Hay en el *Emilio* grandísimo número de proposiciones *falsas, escandalosas, erróneas, impías, blasfematorias y heréticas, que respiran odio contra la Iglesia y sus ministros, que atacan al respeto debido á la Sagrada Escritura y á la tradicion de la Iglesia.*» El autor del *Emilio* «se ha constituido en preceptor del género humano, para engañarle; en monitor público, para engañar á todo el mundo; en oráculo del siglo, para acabar de perderlo.» Esto es injuriar: más valdria razonar: si los obispos prefieren las injurias á los razonamientos, ¿no consistirá en que no tienen buenas razones que dar?

Rousseau no se digna responder á estas groseras injurias: se limita á extrañarse que los cristianos se las permitan: «¡Caridad cristiana, exclama, qué extraño es vuestro lenguaje en boca de los ministros de Jesucristo!» Hay, sin embargo, algunas imputaciones de que se hace cargo el autor del *Emilio* con su irresistible elocuencia: «¡Me llamais impío! ¿De qué impiedad podeis acusarme á mí que nunca he hablado del Sér Supremo más que para tributarle la gloria que se le debe, ni del prójimo más que para inspirar amor á todo el mundo?» Rousseau dirá á monseñor cuáles son los impíos; monseñor de Beaumont los encontrará en abundancia en el seno de su Iglesia: «Los impíos son los que profanan indignamente la causa de Dios haciéndola servir á las pasiones de los hombres. Los impíos son los que, osando llamarse intérpretes de la divinidad, árbitros entre ella y los hombres, exigen para sí mismos los honores que le son debidos. Los impíos son los que se arrogan el derecho de ejercer el poder de Dios sobre la tierra, y quieren abrir y cerrar el cielo á su voluntad.» ¿No podia monseñor de París reconocerse en este retrato?

«¡Me llamais impostor! continúa Rousseau. ¿Y por qué? Segun

vuestra manera de pensar, voy equivocado; pero ¿dónde está mi impostura? Razonar y equivocarse ¿es embaucar?... Un impostor es un bribon que quiere imponerse á los demas en provecho propio; y ¿dónde está mi ganancia en este asunto? Los impostores son, segun Ulpiano, los que hacen prestigios, imprecaciones, exorcismos, y seguramente yo no he hecho nada de esto.» El arzobispo de París debia conocer gentes para quienes contituyen oficio estas habilidades de feria: debia conocer una Iglesia en la cual los fraudes son considerados como una obra de piedad, con tal que sean útiles á la santa religion, es decir, al sacerdocio: debia conocer una Iglesia que ha fabricado milagros falsos, leyendas falsas, reliquias falsas, falsas decretales, falsas donaciones: ¡y se atreve á hablar de impostura! ¡Los ladrones se quejan del robo, los bribones acusan de impostura á los que los descubren!

III.

El cristianismo era atacado en el siglo XVIII por mil enemigos y bajo mil formas. En Francia principalmente llovian folletos, libelos, libros en fólio y de todas clases: ¿qué hizo la Iglesia galicana, la Iglesia recientemente ilustrada por Bossuet y Fenelon, para salvar la religion amenazada? Entre todos aquellos obispos, grandes señores, no habia ni uno que tuviera talla para luchar con Voltaire y Rousseau, ni siquiera con los escritores de un órden inferior. En 1770 la asamblea general del clero se reunió y deliberó acerca de los intereses de la religion. Procuró encontrar vengadores para la Iglesia, pero ¿dónde buscarlos? Miró en derredor de sí: el vacío era absoluto. En tan cruel apuro recurrió á un medio digno de su causa. Se trataba de defender la religion del pasado. Pues bien, hace diez y ocho siglos que los apologistas del cristianismo naciente combatieron á sus enemigos los filósofos. ¿Dónde encontrar armas más victoriosas que los escritos de Tertuliano, de Minucio Félix, de Orígenes, de Lactancio? Las objeciones que hacian en otro tiempo los paganos ¿no son renovadas hoy por los incrédulos? ¿Qué cosa mejor se puede hacer que acudir á aquellas fuentes preciosas? La asamblea del clero decretó que

se publicase una edicion nueva de los Apologistas de la religion: esperaba «que los escritos de aquellos autores ilustres suministrarían armas poderosas á los que supieran leerlos con fruto y reflexion» (1).

El medio imaginado para conveneer á los incrédulos caracteriza la profunda ignorancia del clero en el siglo XVIII. Su ceguedad era tal que no le dejaba ver el origen del mal que queria curar. Si la sociedad se separaba del cristianismo, consistia precisamente en que era una religion de otra edad, y en que para hombres que tenían sentimientos é ideas diferentes de las de los contemporáneos de Cristo, era necesaria una religion nueva. ¡Y para convertir á estos incrédulos se exhuma á los escritores que vivieron hace diez y siete ó diez y ocho siglos! Los libres pensadores no querian ya una religion que se funda en dogmas absurdos ó incomprensibles; ¡y para convencerlos de su error se resucita un Padre de la Iglesia que creía en los dogmas cristianos porque eran absurdos!

Bien hubiera querido la asamblea general del clero encontrar vivos que combatieran á los incrédulos en lugar de muertos. Tenian las instrucciones de los obispos; pero las pastorales no alcanzaban éxito. Los altos prelados, únicos que tenían asiento en la asamblea del clero, lo confesaron implícitamente diciendo que sería de desear que algunos hábiles teólogos se consagrasen á la refutacion de los libros impíos: «Nuestros deseos más ardientes, dicen, son que plumas hábiles y sábias se ocupen de estas materias, y cualquiera de nosotros tendria una satisfaccion si pudiera suscitar algun defensor útil, animarlo y aún dirigirlo en su trabajo.» ¿Por qué los obispos y los abades no ponian por sí mismos manos á la obra? ¿No habia abierto su boca el Espíritu Santo? ¿Por qué, pues, no confundian á los incrédulos con su ciencia divina? En lugar de esto apelaron al celo de los mercenarios; pusieron en juego el cebo de las pensiones, de los favores, para encontrar defensores de la religion y de la Iglesia (2). Hubo alguno que otro abad hambriento que se dejó tentar, pero el interes los inspiró muy mal: lo dice la asamblea del clero en 1775. Confesó que los apo-

(1) *Actas de las Asambleas generales del clero*, t. VIII, 2.^a parte, p. 1820, 1721.

(2) *Idem*, *ibid.*, p. 1829, 1821.